

Jason Henderson
Zoe, Costa Rica
121202

NÚMEROS 11

La Disciplina del Señor

Hay un par de cosas interesantes que suceden en este capítulo.

La primera es, la codicia del pueblo y la manera en que Dios trata con ellos con respecto a ella.

Números 11:4-6, 10, 18-20, *"Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo, y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos... Y oyó Moisés al pueblo, que lloraba por sus familias, cada uno a la puerta de su tienda; y la ira de Jehová se encendió en gran manera; también le pareció mal a Moisés... al pueblo dirás: Santificaos para mañana, y comeréis carne; porque habéis llorado en oídos de Jehová, diciendo: ¡Quién nos diera a comer carne! ¡Ciertamente mejor nos iba en Egipto! Jehová, pues, os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, sino hasta un mes entero, hasta que os salga por las narices, y la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de él, diciendo: ¿Para qué salimos acá de Egipto?"*

Pero Moisés no tenía idea de cómo iba a proveer Dios la carne, y Dios le dijo:

Números 11:23, 31-34, *"... ¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra, o no... Y vino un viento de Jehová, y trajo codornices del mar, y las dejó sobre el campamento, un día de camino a un lado, y un día de camino al otro, alrededor del campamento, y casi dos codos sobre la faz de la tierra. Entonces el pueblo estuvo levantado todo aquel día y toda la noche, y todo el día siguiente, y recogieron codornices; el que menos, recogió diez montones; y las tendieron para sí a lo largo alrededor del campamento. Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande. Y llamó el nombre de aquel lugar Kibrot-hataava, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso".*

Hace unos días hablé con un grupo por internet sobre Hebreos 12, específicamente, de la sección que habla de la disciplina del Señor. El autor de Hebreos dice cosas como: Que la disciplina es para quien la soporta. Que es para los que Dios trata como hijos, si no fuera así, serían bastardos y no hijos. Que Él disciplina para lo que es provechoso, para participar de Su santidad. Que a los que han sido ejercitados en ella, produce fruto apacible de justicia. En Números vemos un cuadro natural de la disciplina de Dios. Tenemos que entender esta palabra "disciplina", porque provoca muchas ideas e imaginaciones en la iglesia.

Muchas veces pensamos en la disciplina del Señor como algo que produce dolor, como situaciones difíciles en las que el Señor nos mete para castigarnos, o para enseñarnos algo. Honestamente, no creo que la disciplina de Dios funcione así en el nuevo pacto. El sentido de la palabra "disciplina" en griego es como instrucción. El diccionario de Strong dice "*tutoría, es decir, educación o entrenamiento; por implicación, corrección.*" Entonces, lo que leemos en el antiguo pacto es un cuadro natural de la manera espiritual con la que Dios trata con nosotros ahora en Cristo.

¿Cómo disciplinó Dios a Su pueblo bajo el antiguo pacto? En Deuteronomio dice algo interesante: *"Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre"* (Deuteronomio 8:2-3).

Esto es lo que está sucediendo en Números 11, donde veo dos aspectos importantes de esta disciplina.

1) Dios permitió que ellos tuvieran hambre, lo permitió para que entendieran que el hombre no solo vive de pan, que vive de todo lo que procede de la boca de Dios. El pueblo tenía un "vivo deseo" de algo, de algo que no era Dios, de algo diferente a lo que Dios proveía. Entonces Dios permitió que tuvieran hambre, lo permitió con un fin, con un objetivo: Que se dieran cuenta de que el hombre no vive del pan natural. A primera vista esto parece raro. ¿Dios permitió que tuvieran hambre para que entendieran que el hombre no vive del pan? Pero, tras pensarlo bien, podemos ver que Dios trata con nosotros de la misma manera. Hay deseos en nuestro corazón, un montón de "deseos vivos" por algo, y Dios quiere que entendamos que nada en este mundo, que nada natural, nada de lo que buscamos fuera de Él nos va a saciar.

Esto es parte de la instrucción o disciplina del Señor. Siempre estoy aprendiendo esta lección en mi vida personal. Dios diseñó el mundo natural de manera tal que no nos

satisfaga, así que, todo lo que buscamos en lo natural, como las relaciones, la comida y bebida, dinero, fama, vida social... nada nos satisface. Dios nos deja sentir estos deseos, pero con un propósito: Al sentir estos deseos y buscar en vano satisfacerlos, entendemos que nuestra satisfacción no está aquí en el mundo. Entendemos que Él es lo único que satisface nuestra alma. Mi punto es, que Dios nos deja sentir la vanidad. Sentimos qué tan absurdo es este mundo bajo el sol, este mundo de sombras y comenzamos a buscar algo más allá de este mundo, comenzamos a alzar nuestros ojos para ver la Tierra que es Cristo. Esto me trae al segundo aspecto de la disciplina o instrucción del Señor.

2) En la condición de hambre e insatisfacción, Dios le muestra a Israel un cuadro de Cristo. Todo lo que Dios hizo en el desierto era un cuadro de Cristo, pan que caía del cielo, agua que salía de una roca, la nube, el fuego, el tabernáculo, el sacerdocio... ¡TODO! Dios siempre estaba haciendo esta obra de disciplina. Siempre estaba mostrando a Cristo, y cada vez que la mirada de ellos se apartaba, experimentaban la realidad que existe fuera de Él.

Es lo mismo con nosotros. Cuando nuestros corazones están dispuestos a ver la vanidad y vacío de este mundo natural, Dios está ahí para revelar a Su Hijo. En nuestro pacto, Dios no está mostrándonos cuadros físicos de Cristo (como el maná, agua de la roca, fuego, etc.), sino a Cristo mismo EN nosotros.

Es interesante esta historia de Israel. Dios no sólo les dio carne, sino que les dio hasta que les "saliera por las narices". Les dio muchísimo de lo que habían escogido para que entendieran que ahí no está la satisfacción. Estaban hartos del maná, pero terminaron hartos de la carne, de lo que deseaban vivamente.

Dios ha puesto en el corazón del hombre la necesidad de buscar algo, y pensamos que la respuesta está en las sombras, pero cuando finalmente conseguimos lo que deseamos, terminamos aborreciéndolo. A veces yo siento el deseo de llenarme de algo que no es Cristo, y cada vez que lo hago me topo con la misma sensación: "¿Qué he hecho? ¿Por qué traté de buscar la plenitud, el propósito, la identidad, la meta en algo tan vacío? ¿Por qué no puedo aprender la lección?" Dios me ha dado este deseo, pero los deseos son insaciables y sólo en Cristo experimento la satisfacción, "el descanso para mi alma". Es como la expresión famosa de San Agustín:

"Nos has hecho, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti"

Otra cosa muy interesante en este capítulo es el caso de Moisés, que lo vemos en los versículos 12-17. "

Números 10-17, 25-31, "No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal. Entonces Jehová dijo a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo... Entonces Jehová descendió en la nube, y le habló; y tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron, y no cesaron. Y habían quedado en el campamento dos varones, llamados el uno Eldad y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el espíritu; estaban éstos entre los inscritos, pero no habían venido al tabernáculo; y profetizaron en el campamento. Y corrió un joven y dio aviso a Moisés, y dijo: Eldad y Medad profetizan en el campamento. Entonces respondió Josué hijo de Nun, ayudante de Moisés, uno de sus jóvenes, y dijo: Señor mío Moisés, impídelos. Y Moisés le respondió: ¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos. Y Moisés volvió al campamento, él y los ancianos de Israel".

Me llaman la atención unas cositas. El concepto que tenía el pueblo de Moisés; ellos pensaban que él quería la unción sólo para él. Pero vemos que el deseo de Moisés era el mismo deseo del Señor, que todos compartan el mismo Espíritu. Este es el amor de Dios. El amor de Dios no es que Él se guarde lo que es y lo que tiene, sino entregarlo, derramarlo. La grandeza del amor de Dios es la grandeza del don. En nuestro caso, en el nuevo pacto, el don es Su Espíritu, el don de vida en Su Hijo.

Muchas veces en nuestra ceguera, somos como el joven que corrió del campamento para avisarle a Moisés que había dos hombre profetizando, y cómo Josué le pidió que los detuviera. Pero Moisés respondió: "...Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos". Nosotros pensamos en el Espíritu de Dios como una posesión personal, como si la unción fuera para una persona o para un ministerio particular. Pero en el corazón de Dios y en el corazón de Moisés había otro deseo: Que todos compartieran del mismo espíritu, del mismo conocimiento y experiencia de Dios.

Esto es lo opuesto a lo que nosotros pensamos naturalmente, a la manera como pensamos en la iglesia. El corazón de Moisés que vemos aquí, corresponde al deseo de Cristo cuando vino, porque Él quería que todos experimentaran el Espíritu que Él experimentaba, que vivieran, miraran y funcionaran como cuerpo por ese mismo Espíritu. Esto es, precisamente, lo que significa Pentecostés. Pentecostés es la dádiva del Espíritu. Es cuando el Espíritu que estaba sobre Cristo fue derramado sobre todo el pueblo, todo el cuerpo.